

# MUSICA

## y literatura: una experiencia personal

David Sánchez Juliao

**S**e ha afirmado con frecuencia que la América Latina es un continente musical. Y podría ser la verdad. La indiscutible riqueza musical de esta parte del Nuevo Mundo se debe, según muchos estudiosos, y en gran medida, al mestizaje, a la presencia repentina en su suelo de culturas diferentes de la nativa y a la aparición casi inmediata de formas de expresión resultantes de un encuentro de razas y de sentires.

Los indígenas nativos, los españoles luego –con toda la carga europea y oriental– y los negros más tarde, aportan casi que en igual medida su porción a lo que va a ser posteriormente la base de una inesperada amalgama que en las diferentes regiones del continente adquiere características propias; eso sí, al igual que sucedió en otras partes del mundo, con el ingrediente unificador de las aportaciones del conquistador.

La música americana de origen, es decir la indígena pura –la precolombina–, era una música sacramental, religiosa, y algunas veces poseída de los poderes del conjuro. De tal forma que los indios americanos jamás –antes de la llegada del europeo– llegaron a sospechar siquiera que la expresión musical podría servir para la diversión. Igual cosa sucedió con los negros traídos desde Africa, para quienes la música servía, además, como puente hacia el Más Allá, y como instrumento para la comunicación con los ancestros.

Fue el español, por tanto, quien añadió el toque “pagano”, el ingrediente “lúdico-diversional” a la triétnica expresión naciente. Y desde luego, como cultura dominante, impuso “su voz y sus palabras” en el canto: el castellano. Con todo lo que ello implicaba. Así, es fácil advertir en el corrido mexicano la presencia del Romancero Español, aunque muchas de las tonadas de ese género sean marcadamente indígenas.

Y es fácil advertirlo también en la cumbia y el vallenato colombianos, donde el sustrato triétnico es más que obvio.

## Música y literatura

**E**n todos estos fenómenos suceden dos cosas importantes para el tema que nos ocupa. La primera, que muchas expresiones musicales de corte popular en la América Latina, están profundamente emparentadas con la literatura. Y segundo, que pese a que el Continente fue conquistado, y una lengua fue impuesta, y a que la música devino en expresión netamente pagana, el sustrato mítico, mágico, lúdico-religioso continúa vivo, con la “tristeza” que ello conlleva. La llamada “música vieja” de los parajes andinos lo deja ver claramente.

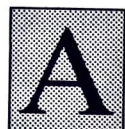
Es fácil entonces entender por qué para los latinoamericanos el acervo musical es una especie de banco de datos, y las miles de letras de canciones que este pueblo canta y siente, un código sin organizar, pero susceptible de ser ordenado de tal suerte que a través de él podamos entender mejor nuestras almas, nuestros sentires, nuestro pensamiento, nuestro *ethos*. Sé del caso de profesores de universidades en México que han conducido cursos sobre Historia de la Revolución Mexicana de 1910, apoyándose en las letras de los corridos compuestos entre 1900 y 1930. Y sé del caso del estudioso que se ha atrevido a afirmar que la mejor orientación que podría darse al respecto de la actitud del habitante del Caribe frente al trabajo, es la letra de la canción “El negrito del batey”, cantada por Nelson Pinedo:

*“A mí me llaman el negrito del batey  
porque el trabajo para mí es un enemigo,  
el trabajar yo se lo dejo todo al buey  
porque el trabajo lo hizo Dios como castigo...”*

Salvo mejor opinión, para quien escribe existen tres grandes vertientes –tres fenómenos mayores– en la expresión musical popular latinoamericana. Una, la meramente mexicana, incluyendo en ella tanto el corrido como la llamada “canción ranchera” de origen jalisciense, a cuyas diferencias aludiremos más adelante. Otra, la caribe-tropical, que bien podría caracterizarse por la presencia en ella de un balance casi perfecto, milimétricamente proporcional, de los elementos que conforman la trietnia de esta área cultural: lo indio, lo blanco y lo negro. Debe quedar claro que me refiero aquí al Caribe hispanoparlante. Y finalmente, la vertiente andina, con una notable ausencia del componente negro, altas dosis blanca e india, y caracterizada por lo que generalmente se llama “la tristeza del indio”, expresión por cierto peyorativa e injusta.



## Tres novelas



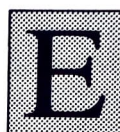
Al amparo de estas consideraciones, y a sabiendas de que se trataría de lo que Alberto Galeano llama “un proyecto de vida”, decidí en 1978 emprender la escritura de tres novelas, cada una de las cuales intentara mostrar, jugando con las letras de las canciones y trabajando sobre caracteres ya delineados en las canciones, algunos rasgos del “alma” de las tres regiones aludidas.

La primera de estas novelas, titulada “Pero sigo siendo el rey”, se escribió en México sobre México entre 1979 y 1982, y obtuvo el III Premio de Novela Colombiana Plaza y Janés. Ha sido publicada, además de su versión original en español, en griego, en chino y en italiano. Haber escogido la temática mexicana para empezar a trabajar en lo que algunos críticos han llamado “La trilogía musical” —dos de cuyas novelas han sido ya publicadas—, respondió a circunstancias vitales específicas, o quizá al ánimo de dar a la escritura de las tres obras una especie de ordenamiento geográfico, una dirección cualquiera; norte-sur, por ejemplo.

Antes de sentarme a escribir la novela, y luego de haber observado con detenimiento el acontecer popular-musical de México, y de haber escuchado, también con detenimiento, música popular de todo género producida en ese país, pude concluir que había en él dos vertientes fácilmente identificables. Una, lírica, que expresaba penas de amores, dolores del corazón, despechos y decepciones, cuyo asunto era siempre tratado en primera persona. Y otra, más emparentada con el romancero y la juglaría, que, además de narrar acontecimientos en tercera persona, gozaba de magníficos ahorros descriptivos y de un lenguaje certero, que iba

siempre al grano, como un tiro directo al corazón. Utilizo esta metáfora, porque en esta vertiente, tanto como en la anterior, el tema central del asunto narrativo es siempre el amor, la decepción, el abandono, el despecho, la venganza y su consecuente desenlace (casi siempre) violento.

## Corrido y ranchera



se contrapunto lírico-épico, que trataba el mismo tema desde las perspectivas de la primera y la tercera personas, desde la distancia del “corrido” y la internalidad de la “canción ranchera”, resultaba en sumo grado aprovechable a nivel estructural para una novela que, en resumen, intentara describir (desde las dos visiones) lo que acontece en una sociedad (la latinoamericana en general) en términos de la relación de superioridad que pretende establecer el hombre frente a la mujer.

Y fue aprovechado, no sé si bien o mal, en una obra cuya estructura misma estaba a todas luces relacionada con el fenómeno que se pretendía estudiar, expresar. Por ello, pese a lo complicada en apariencia, la estructura de la novela es simple y llana como la ranchera y el corrido: una narración de sucesivos episodios encadenados que se sobreponen, cuyos personajes mueren en el momento en que otros aparecen; contrapunteado todo ello con lamentos, expresiones de dolor, suspiros y amenazas de esos mismos personajes de corrido, pero expresados en lirismos exagerados que rayan a veces en un ridículo buscado, perseguido por el autor.

Escribir “Pero sigo siendo el rey” significó, pues, para el autor, un encuentro con su propia identidad latinoamericana, un asomo a la ventana

de la realidad en las poco maduras condiciones para las relaciones interpersonales en nuestro continente; un asombro de la escasa capacidad que poseemos para elaborar como adultos los duelos afectivos; una sospecha de que, además de cien años de soledad, hemos padecido quinientos años

de infancia. Pero al mismo tiempo significó haber tomado conciencia de la grandeza de un pueblo que, con seguridad, habrá de superar estos rezagos y podría en el siglo XXI, poner su alegría y sus "tristezas" al servicio de su propio crecimiento, su propia madurez y su propia redención.